

Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo B2024

Cada año, concluimos el año litúrgico de la Iglesia con la celebración de la fiesta de Cristo Rey del universo. Cada una de las lecturas que se dan en esta fiesta intenta darnos la imagen correcta del Reino de Cristo y sus exigencias.

La primera lectura del libro de profeta Daniel es escrito alrededor de 166 años antes Jesús. En una dramática visión nocturna, Daniel ve cuatro bestias que salen del mar, es decir, un león, un oso, un leopardo y un monstruo que aplasta todo a su paso. Según él, estas bestias representan los reinos del mundo que han oprimido sucesivamente a Israel.

Al final, ve a un Hijo del hombre que viene del cielo a quien Dios le da todos los poderes y dominios sobre el mundo entero y las naciones de la tierra. Su reinado llega al final, cuando todos los demás reinos han desaparecido. Su dominio y reino durarán para siempre y nada puede destruirlos.

Desde el punto de vista histórico, esta profecía de Daniel no se cumplió totalmente. Es cierto que Israel se libró de enemigos extranjeros en esa época, pero, una y otra vez, el país pasó por otras dominaciones extranjeras. Por ejemplo, en la época de Jesús, el país estaba bajo el dominio de los romanos.

En la interpretación oral judía de la ley que se llama "Talmud", hay una historia de un hombre que durante una noche oscura encendió una lámpara, pero el viento la apagó. La encendió una segunda vez y, luego, una tercera vez, pero el viento la siguió apagando. Al final, se dijo a sí mismo que esperaría hasta el amanecer. Como Israel pasó repetidamente por dominaciones extranjeras a lo largo de la historia, el amanecer significaba para ellos la llegada del Mesías. Esto explica el anhelo por el tiempo mesiánico en el que Dios pondrá fin a todas las dominaciones extranjeras de su pueblo.

Lamentablemente, en Israel, incluso hoy, algunos siguen esperando al Mesías. Y, sin embargo, el Mesías ya ha venido; estamos esperando su segunda venida, como lo ha prometido. Jesucristo es el Mesías. Él es el principio y el fin, el Alfa y la Omega de toda criatura que existe, "el que es y que era y que ha de venir". Él es el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos y el soberano de los reyes de la tierra. Él nos ha salvado de nuestros pecados con su sangre y nos ha hecho miembros del reino de su Padre y nuestro Padre, su Dios y nuestro Dios. Este es el testimonio que tenemos de la segunda lectura.

¿Cuál es la esencia del reino de Cristo? Su reino no es de este mundo; no pertenece a él; no tiene nada que ver con el poder mundano, el triunfo o la dominación humana. Su reino es esencialmente y sobre todo testimonio y sacrificio al servicio de la verdad.

Sin embargo, siempre ha existido en la historia la tentación de negar la separación entre Iglesia y Estado. Incluso en la historia de la Iglesia, se ha intentado hacer visible el reino de Dios en este mundo mediante la búsqueda del poder temporal. A lo largo de los siglos, el reino de Cristo se ha confundido con los reinos de este mundo. Pensemos en los estados pontificios a los que la revolución italiana puso fin en 1870. Pensemos en la instauración del Reino de Cristo entre los indios del Paraguay por los jesuitas en el siglo XVI.

A veces el triunfo de Cristo se ha identificado con los triunfos de sus representantes en la tierra. Así la Iglesia se volvió “triumfalista”, en competición directa con los demás soberanos de las naciones. Sin embargo, cuando prestamos atención a la respuesta del Señor a la pregunta de Pilato, no hay ninguna ambigüedad sobre su reino: «Mi reino no es de este mundo. Si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores habrían luchado para que no cayera yo en manos de los judíos. Pero mi Reino no es de aquí».

El Reino de nuestro Señor es de otro tipo. De hecho, nuestro Señor nunca buscó ocupar el primer lugar en su ministerio y en su vida. Nunca quiso ser servido; al contrario, dio ejemplo de servicio a todos con sus palabras y sus acciones. Lavó los pies a sus discípulos y entregó su vida en la cruz. Cuando quisieron hacerlo rey, huyó hasta defraudar las expectativas mesiánicas de sus propios discípulos.

Estos hechos muestran que el Reino de nuestro Señor es el reino del corazón y de la fraternidad, del servicio y de la hermandad entre los pueblos y las naciones. Éste es el motivo por el que nació y fue enviado al mundo, es decir, para decir a todos los pueblos la verdad de que Dios es su Padre y todos son hermanos y hermanas, y que pertenecen a su Reino, que Dios los ama y los quiere como hijos suyos.

El alcance del Reino de nuestro Señor responde a otros criterios que los que se utilizan para juzgar el crecimiento de nuestras Repúblicas y Reinos. Su crecimiento depende de nuestra conversión de corazones, dejando que la verdad del Evangelio guíe nuestra vida y nuestras acciones. Pertenecemos al reino de nuestro Señor en la medida en que dedicamos nuestra vida al servicio de nuestros semejantes, cuidándolos con respeto y afecto como si Dios actuara a través de nosotros.

Donde la gente se esfuerza por superar los conflictos y vivir en paz unos con otros, donde la gente se perdona mutuamente, sabiendo que sin perdón la vida es imposible, allí el Reino de nuestro Señor es presente. El número de los bautizados, la eficacia de nuestras estructuras eclesiales o la belleza de nuestras catedrales, no determinan el Reino de Nuestro Señor. Si no hacemos de Nuestro Señor el rey de nuestros corazones y de nuestras vidas, no pertenecemos a su Reino.

Dejemos que nuestro Señor sea el Rey y el Soberano de nuestros corazones y de nuestras vidas. Que él conquiste nuestros pensamientos y acciones y nos enseñe a amarlo y servirlo amándonos y sirviéndonos unos a otros. ¡Amén!

Daniel 7: 13-14; Apocalipsis 1: 5-8; Marcos 18: 33b-37



Fecha de la Homilía: el 24 de Noviembre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20241124homilia.pdf